

La calle
Diario de un espectador
Lo pequeño es hermoso
Miguel ángel granados chapa

para el martes 24 de julio de 2007

Un rápido viaje permite comprobar (aunque la verdad es tan obvia que no es necesario salir del país para corroborarlo) que lo pequeño es hermoso. Volar a Boston con escala en el aeropuerto John F. Kennedy hace padecer las incomodidades del gigantismo. Los pasajeros del vuelo 480 de Delta fueron mantenidos cerca de hora y media ya a bordo del aparato que los conduciría a Logan. Es larga la fila de aviones esperando la autorización para despegar, y es larga también la de los que sobre el no lejano territorio de Massachusetts aguardan para aterrizar. Eso sin tomar en cuenta que una tormenta veraniega, igualmente descomunal contribuyó a alargar la prolongada demora.

Varias formas de desmesura son visibles, y en su caso disfrutables, tan pronto se llega a Boston. La enorme ciudad ostenta una arquitectura semejante a la de muchas otras ciudades norteamericanas. Pero su peculiaridad radica en las vastas extensiones y alturas consagradas a la vida académica. Quizá se trata de la mayor concentración de universidades e institutos, con sus instalaciones, algunas de ellas dotadas de su propio valor como los hospitales, en una sola comarca, en la ciudad surcada por el río Charles tan próxima a su propia bahía. Sobresalen los nombres de Harvard y el Mit (el Instituto tecnológico de Massachusetts) de donde han surgido decenas de premios Nobel en las diversas disciplinas. Pero no son las únicas que gozan de prestigio.

Es numeroso y gigantesco el inventario de construcciones religiosas. Por doquier se alzan templos, desde catedrales hasta capillas, de las más diversas denominaciones. La arquidiócesis bostoniana representaba, hasta antes de la crisis suscitada por la pederastia sacerdotal y los absurdos (y a la postre inútiles) intentos de ocultarla, uno de los principales focos de irradiación del catolicismo norteamericano, ese donde se formó la familia del único presidente de los Estados Unidos profesante de ese credo. Magnífico es también el memorial de ese estadista, erigido por el mismo arquitecto que se atrevió a colocar una pirámide transparente frente a los macizos edificios que fueron de la realeza francesa.

Pero coexistiendo con las innumerables muestras de esa desmesura bostoniano de pronto se encuentra uno en medio de la belleza de lo pequeño. En la línea roja del Metro, la que se dirige al extremo llamado Alewife, ya casi para llegar a esa meta se encuentra la estación Davis. Al salir se halla uno en medio de una apacibilidad que quizá está acentuada por ser domingo de verano pero que parece propia de Somerville, la pequeña ciudad vecina de Cambridge, aldeaña a su vez a Boston. El villorrio cuenta con una sala, llamada teatro pero dedicada a conciertos y exhibiciones de cine. La cartelera muestra la vocación retrospectiva de la localidad. Son casi nuevas la revisión cinematográfica de *Los Simpson*, y *La alternativa Bourne*, protagonizada por Matt Damon. Pero quienes pagan boleto de seniors echarán a llorar oyendo en *El mago de Oz* a Judy Garland entonando *On the rainbow*.

Caminando sobre las verdes veredas que comunican a Somerville con Cambridge nos hemos topado con una idílica imagen del pasado: un hombre ofrece un concierto con su clarinete a los miembros de una familia, estatua en piedra, que parecen absortos escuchándolo. Y con otra imagen menos idílica. Un cartel invita a recordar que el próximo 23 de agosto se cumplen ochenta años de la ejecución de Sacco y Vanzetti, los anarquistas italianos condenados a muerte en apariencia por delitos de sangre pero en realidad por el clima de intolerancia contra los migrantes y los extranjeros que de tanto en tanto nubla las libertades de esta noble nación.

Small is beautiful preconizaron en ese país algunas mentes brillantes. Tienen razón.